

# Dependencia y progresismo en América Latina: obstáculos y alcances

Dependência e progressismo na América Latina:  
obstáculos e alcances

Dependence and progressivism in Latin America:  
obstacles and scope

Adrián Sotelo Valencia\*

## Resumen

El presente artículo analiza la naturaleza político-ideológica del progresismo en América Latina a partir de la hipótesis de que no hay ciclos inamovibles y mecánicos que lo sobredeterminen. Ello presupone que los verdaderos determinantes son las leyes generales del sistema capitalista y la manera como se articulan dialécticamente con las luchas de clases en la región en contextos de crisis, desestabilización y decadencia general del modo capitalista universal de vida y de producción. La hipótesis subyacente al respecto consiste en considerar que, con el arribo al gobierno del presidente Hugo Chávez Frías en Venezuela y, con él, de la fuerza ideológica, política y social del bolivarianismo en el umbral del siglo XXI (2 de febrero de 1999), después de casi una década de estancamiento e involución de las luchas populares y sociales –desde la caída del sandinismo por la vía electoral en 1989– y del arribo y fortalecimiento del neoliberalismo, se originó un nuevo proceso histórico que hoy se conoce como el progresismo. Con la caída de los gobiernos en Ecuador (24 de mayo de 2017) y Bolivia (10 de noviembre de 2019), luego del *Impeachment* (31 de agosto de 2016) que destituyó a la presidenta Dilma Rousseff en Brasil, el progresismo presenta graves riesgos de ser derrotado por envalentonadas derechas y ultraderechas auspiciadas y comandadas por la fuerza imperialista de Estados Unidos.

*Palabras clave:* dependencia, progresismo, ciclo político.

\* Sociólogo. Doctor en Estudios Latinoamericanos por la UNAM. Investigador del Centro de Estudios Latinoamericanos, profesor de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales y del Programa de Posgrado en Estudios Latinoamericanos, UNAM. Líneas de investigación: formación estructural, desarrollo e integración de América Latina. Publicaciones recientes: *México desahuciado: dependencia, régimen político y luchas populares* (2017); *Estados Unidos en un mundo en crisis. Geopolítica de la precariedad y la superexplotación del trabajo* (2019); *Subimperialismo e dependência na América Latina. O pensamento de Ruy Mauro Marini* (2020); *United States in a World in Crisis: The Geopolitics of Precarious Work and Super-Exploitation* (2020); *La humanidad disminuida en una época turbulenta* (en proceso). E-mail: <adriansotelo@politicas.unam.mx>.

### Resumo

O artigo discute a natureza político-ideológica do progressismo na América Latina a partir da hipótese de que não existem ciclos inamovíveis e mecânicos que o sobredeterminem. Isso pressupõe que os determinantes reais são as leis gerais do sistema capitalista e como elas se articulam dialeticamente com as lutas de classes na região em contextos de crise, desestabilização e declínio geral do modo de vida e produção capitalista universal. A hipótese subjacente a este respeito é considerar que, com a chegada ao governo do presidente Hugo Chávez Frías na Venezuela e, com ela, da força ideológica, política e social do bolivarianismo no limiar do século XXI (2 de fevereiro 1999), após quase uma década de estagnação e involução das lutas populares e sociais (desde a queda do sandinismo pela via eleitoral em 1989) e da chegada e fortalecimento do neoliberalismo, originou-se um novo processo histórico que hoje é conhecido como progresismo. Com a queda dos governos do Equador (24 de maio de 2017) e da Bolívia (10 de novembro de 2019), após o *Impeachment* (31 de agosto de 2016) que demitiu à Presidenta Dilma Rousseff no Brasil, o progressismo apresenta sérios riscos de ser derrotado pelas direitas e ultra-direitas patrocinadas e comandadas pela força imperialista dos Estados Unidos.

*Palavras chave:* dependência, progressismo, ciclo político.

### Abstract

This article discusses the political-ideological nature of progressivism in Latin America. The analysis is based on the hypothesis that there are no immovable and mechanical cycles that overdetermine it. This presupposes that the real determinants are the general laws of the capitalist system and the way in which they are dialectically articulated with the class struggles in the region in contexts of crisis, destabilization, and general decline of the universal capitalist mode of production and way of life. The underlying hypothesis considers that with the arrival of President Hugo Chávez Frías in Venezuela and, with him, the ideological, political and social force of Bolivarianism on the threshold of the 21st century (February 2, 1999), after almost a decade of stagnation and involution of the popular and social struggles (since the fall of Sandinismo by electoral means in 1989) and the arrival and strengthening of neoliberalism, a new historical process was originated, known today as progressivism. This new historical frame –with the recent fall of the governments in Ecuador (May 24, 2017) and Bolivia (November 10, 2019), and later President Dilma Rousseff’s Impeachment which removed her from office in Brazil (31 August 2016)– presents serious risks of being defeated by emboldened right and ultra-right movements sponsored and commanded by the imperialist force of the United States.

*Keywords:* dependence, progressivism, political cycle.

¿Ciclo progresista? Depende cómo se defina este concepto desde las ciencias sociales en un contexto histórico. Si es en el sentido de repetición, de retorno, de vuelta al orden o de cualquier otra denominación, obviamente no existe ningún ciclo –progresista o no– ya que la historia sólo se repite como farsa, en “réplica” de un proceso anterior, idéntico y genuino generalmente inmerso en contradicciones, continuidades, rupturas y tragedias. Por ejemplo, los casos de la caída de la URSS, del abrupto golpe de Estado contra el Movimiento al Socialismo (MAS) en Bolivia y del triunfo de Andrés Manuel López Obrador en México en contra de un régimen

autoritario cuasi-fascista, ilustran lo anterior ante las imprevisiones de los expertos y analistas en estos acontecimientos. Pero si lo entendemos como un conjunto de fenómenos y procesos dialécticamente entrelazados que camina en espiral sobre principios de afirmación, negación y síntesis entonces sí es posible asumir la existencia de ciclos históricos seculares latinoamericanos que admiten avances y retrocesos, e incluso deformaciones y traiciones, como ocurrió nítidamente en el caso de Ecuador con su actual presidente Lenín Moreno, que *ipso facto* se convirtió en el principal representante de los intereses de la oligarquía, del Fondo Monetario Internacional (FMI) y de las empresas transnacionales norteamericanas financieras extractivistas.

En la historia latinoamericana identificamos la sucesión de varios ciclos de esta naturaleza, comenzando por el oligárquico-terrateniente, antecedido por el colonial. En seguida figura el ciclo populista, al que le sucede el de las dictaduras militares y, por último, el que denominamos “democrático-neoliberal-contrainsurgente” que predomina en la actualidad y que es fruto de múltiples y complejas causas entre las que figuran: la liquidación de la izquierda revolucionaria por la contrarrevolución, la represión del movimiento obrero, popular y sindical, así como la cooptación de una buena parte de la intelectualidad progresista y militante por las dictaduras y, luego, por los gobiernos de derecha (Petras, 2000:216-227). De esta manera, una vez restituido el “orden” político-social a favor del imperialismo y las clases dominantes se precipitó el advenimiento de la democratización en el continente desde mediados de la década de los ochenta del siglo pasado y cuya génesis sitúa Cueva (2008:141-142) a partir del retorno constitucional de Ecuador, en agosto de 1979 y de Nicaragua en el mismo año; de Perú al siguiente año, para continuar con Bolivia en 1982 y, un año después, con Argentina. En 1985 les tocó el turno a Uruguay y Brasil, y en 1989 a Paraguay. Por último, Chile “alcanzó la democracia” en marzo de 1990 con la llegada al poder presidencial del demócrata-cristiano Patricio Aylwin mediante elecciones.

Este proceso, que implicó el restablecimiento de los poderes del Estado –legislativo, ejecutivo y judicial–, provocó que la “nueva democracia” liberal-burguesa –tutelada, viable y restringida–, en consonancia con los intereses de Washington en América Latina, rehabilitara el juego de los poderes constitucionales, en especial del legislativo, y la democracia representativa a través del voto popular, lo que configura una suerte de reconstitución del viejo Estado capitalista en el que pensó Montesquieu con su teoría constitucionalista del Estado y que ha sido una fórmula eficaz que muy bien ha servido, hasta ahora, a las clases sociales dominantes de los países dependientes y subdesarrollados donde priva la desigualdad social, la pobreza sistémica, la marginación, la exclusión social y la superexplotación del trabajo (Marini, 1973; Sotelo Valencia, 2019b).

La historia de Nuestra América está plagada de innumerables golpes de Estado,

asonadas militares, cuartelazos, invasiones, balcanizaciones, desterritorializaciones y conquistas extranjeras por parte de los imperialismos coloniales, todo ello encaminado a mantener o restablecer el dominio imperialista y el poder de las clases dominantes y de sus oligarquías dependientes y subdesarrolladas – véase un recuento en Halperin Donghi (1993), en especial el capítulo 7, y en Cueva (1993).

Hace más de tres décadas Marini (1978:24)<sup>1</sup> describió el proceso sociopolítico que culmina con el golpe de Estado en América Latina:

[...] la contrarrevolución latinoamericana se inicia con un periodo de desestabilización, durante el cual las fuerzas reaccionarias tratan de agrupar en torno a sí al conjunto de la burguesía y de sembrar en el movimiento popular la división, la desconfianza en sus fuerzas y en sus dirigentes; continúa a través de un golpe de Estado, llevado a cabo por las Fuerzas Armadas, y se resuelve con la instauración de una dictadura militar.

De este modo, en América Latina las dictaduras militares se fueron desgastando y fracasaron en su intento de imponer una estabilidad política duradera –sobre todo a la luz de la sistemática violación de los derechos humanos y de los crímenes de lesa humanidad perpetrados por los regímenes militares dictatoriales (Salles, 2013)– que, por supuesto, estuviera acorde con los intereses norteamericanos para garantizar lo que más tarde la ideología neoliberal y norteamericana denominó con el concepto anglosajón de “governabilidad” o *governance*. Así, se cierra el ciclo de las dictaduras militares y da comienzo el proceso de democratización que ocurre prácticamente en la mayor parte de los países latinoamericanos y que implica formalmente un retorno a la institucionalidad expresada en la restitución, para las naciones y el Estado, del *juego liberal* de los tres poderes constituyentes –legislativo, ejecutivo y judicial– y que, *grosso modo*, opera de manera regular en nuestros países en el contexto de economías capitalistas dependientes y subdesarrolladas al influjo de procesos político-electorales generalmente controlados por los aparatos de poder del Estado (Petras y Morley, 1999:215-246).

Se puede establecer, entonces, una correlación histórica entre estos procesos políticos y los correspondientes procesos económicos que transcurren durante todo ese periodo. Es así como el ciclo de las dictaduras militares surge de la crisis de los populismos latinoamericanos que impulsaron la primera fase de la industrialización latinoamericana entre 1930 y 1950, se afianza con el golpe de Estado militar de 1964 en Brasil y los sucesivos golpes de Estado en otros países, y se consolida mediante el impulso de una segunda fase de industrialización más compleja que ocurre en países como Argentina, Brasil y México, y que se extiende hasta finales de la década de los setenta y principios de la de los ochenta del siglo pasado.

<sup>1</sup> En esta publicación intervienen también otros destacados intelectuales de izquierda como Pío García, Theotônio Dos Santos y Agustín Cueva. Véase especialmente el texto de Dos Santos (2000:9-30).

## Historicidad y dialéctica de los ciclos políticos en América Latina

Como indicamos, la historia política, económica y social no es repetitiva: se sobredetermina por la interacción dialéctica de las luchas de clases, de las injerencias extranjeras en las naciones y por el comportamiento de las leyes capitalistas –valor, plusvalía, ganancia, acumulación de capital, desempleo, pobreza, marginalidad y devastación ambiental– cuyas diversas combinaciones configuran situaciones específicas y diferencias entre las formaciones sociales y los regímenes políticos de la región.

En este contexto, el primer proceso o ciclo populista (1930-1945) –estudiado por autores como Octavio Ianni (1975) o Ernesto Laclau (1978)– impulsó la primera fase de la industrialización latinoamericana con los gobiernos de Lázaro Cárdenas en México (1934-1940), Getulio Vargas en Brasil (1930-1945), Juan Domingo Perón en Argentina (1946-1952) y Luis Batlle en Uruguay (1947-1951), marcando, de este modo, el agotamiento de la vieja economía primario-exportadora que se desplegó a partir de mediados del siglo XIX, con su correlato en el desarrollo oligárquico-terrateniente-dependiente (Cueva, 1993) prácticamente en todos los países con regímenes políticos de ese tipo, cimentados en patrones de acumulación y reproducción de capital de naturaleza extractivista, agrícola y exportadora anclados, de manera subordinada y monopólica, al arbitrio de las potencias imperialista del mercado mundial.

El ciclo de las dictaduras militares comprende la segunda fase de la *industrialización compleja* que sustituye principalmente medios de producción y bienes de consumo durable. Arranca desde los años cincuenta con el golpe militar contra el gobierno constitucional de Jacobo Árbenz en 1954, dirigido por el gobierno de Estados Unidos con la participación de la United Fruit Company y la Agencia Central de Inteligencia (CIA). Antes del golpe de 1964 en Brasil se impulsa el *Plan de Metas* por el gobierno de Juscelino Kubitschek (1956-1961) bajo el lema: “lograr cincuenta años de progreso en cinco años de gobierno” y, después del golpe, el “milagro brasileño” –que Salles (2013:55) caracteriza de “modernización conservadora”– que se desplegó entre 1968 y 1973, donde el Producto Interno Bruto (PIB) creció en promedio por encima del 10 por ciento anual, suscitando la envidia de los organismos internacionales y de no pocas “burguesías” dependientes de la región durante el período.

En México, el equivalente del *Plan de Metas* es el *Desarrollo Estabilizador* (1954-1970) que impulsó el gobierno de Ruiz Cortines (1952-1958) y continuó durante los dos siguientes gobiernos: el de Adolfo López Mateos (1958-1964) y el de Gustavo Díaz Ordaz (1964-1970). También conocido como “milagro mexicano” (Carmona *et al.*, 1970; Ortiz Mena, 1998), esta política pública generó un crecimiento económico promedio anual de 6.5 por ciento, estabilidad cambiaria, control de la inflación y crecimiento relativo de los salarios reales de algunas fracciones de trabajadores al

amparo de las luchas de éstos por elevarlos. Su impulso durará hasta la crisis de mediados de los años setenta y la devaluación de la moneda después de 20 años de estabilidad cambiaría para dar paso, más tarde, a la imposición del llamado modelo neoliberal por el gobierno de Miguel de la Madrid (1982-1988) y el FMI, extendido e intensificado por los gobiernos subsecuentes (Sotelo Valencia, 2014).

Si bien durante ese período México no experimentó formalmente una dictadura militar similar a las sudamericanas, de Centroamérica o andinas, sin embargo, sí se caracterizó por ser un Estado presidencialista profundamente autoritario y antidemocrático (Garrido, 1986), incluso con rasgos fascistas,<sup>2</sup> que tuvo su más alta expresión con la represión y la masacre del movimiento estudiantil-popular en 1968 perpetradas por el gobierno de Gustavo Díaz Ordaz y por los sucesivos regímenes priistas y panistas.

A pesar de las diferencias que encierran ambos procesos de desarrollo económico, desde el punto de vista metodológico, lo común a ambos –México y Brasil– es que discurren en las inmediaciones de un patrón de acumulación y reproducción de capital que denominamos de diversificación industrial para el mercado interno que, en el caso de México, entrará en crisis estructural a mediados de la década de los años setenta del siglo pasado para agotarse finalmente en 1982 y dar paso al actual patrón caracterizado por su especialización exportadora en las maquiladoras industriales comandado por las grandes y poderosas empresas transnacionales, particularmente norteamericanas.

En Brasil dicho patrón se extendió hasta 1990 con el gobierno de José Sarney (1985-1990). Es durante los gobiernos de Fernando Collor de Mello (1990-1992), Itamar Franco (1992-1994) y F.H. Cardoso (1995-2003) cuando comienza a operar en el país un nuevo patrón de acumulación sustentado en las políticas neoliberales, pero que va a inclinarse hacia el neodesarrollismo en los dos siguientes gobiernos, el de Luiz Inácio Lula da Silva y el de Dilma Rousseff (Peroni, 2011). Sin embargo, su

<sup>2</sup> Teóricamente se supone que con la llegada al poder de López Obrador a la Presidencia de la República el 1 de diciembre de 2018 en México quedaría atrás el “neoliberalismo” impuesto durante 36 años por las administraciones priistas y panistas. Sin embargo, en virtud de mantener parámetros neoliberales del régimen anterior como la privatización de los energéticos, el esquema del Tratado entre México, Estados Unidos y Canadá (T-MEC) dependiente de Estados Unidos, el despliegue bajo presión de políticas (anti)migratorias acordes con los intereses de Washington y el desarrollo de megaproyectos como el Tren Maya, el Corredor Transístmico, la refinería de Dos Bocas y el aeropuerto de Santa Lucía, entre otros –que son proyectos extractivistas y de deterioro ambiental con fuerte participación de capital privado nacional y extranjero–, sin mencionar el régimen de las pensiones de los trabajadores en el sistema privado de las Administradoras de Fondos para el Retiro (AFORES), se le endilga el calificativo de neoliberal con ciertos rasgos neodesarrollistas. Para este tema véase Azamar Alonso y Rodríguez Wallenius (2020).

característica central, desde el punto de vista del patrón de reproducción de capital, radica en el desarrollo y dependencia de las actividades primarias y extractivistas, hoy en franca desaceleración en el contexto de la crisis internacional.

En términos generales consideramos que la última fase de la industrialización compleja entró en crisis y se agotó en América Latina a principios de los años ochenta y desde entonces comenzó a operar cada vez con mayor fuerza –y a generalizarse– un nuevo patrón de acumulación y reproducción de capital especializado en la producción de materias primas y alimentos para exportar al mercado mundial bajo la hegemonía del capital financiero o ficticio (Carcanhó, 2013; Chesnais, 1993:21-53).

A esa transición coadyuvó una serie de factores y procesos en el plano internacional entre los que destacamos: la profunda crisis internacional del capitalismo que se desencadena desde 1974-1975 originando una larga depresión de la economía mundial (Mandel, 1979) que, a nuestro juicio, perdura hasta la actualidad; el surgimiento, en los países imperialistas –con particular énfasis en Inglaterra y Estados Unidos– de una corriente denominada neoliberal que se va a imponer progresivamente en el mundo sustentando un enfoque ortodoxo y dogmático propio de la economía neoclásica que pregona que el desarrollo capitalista sólo se consigue mediante la “liberación” de las fuerzas del mercado, la desregulación económica y la privatización del sector público, así como con la apertura de las naciones al comercio mundial en lo que más tarde se difundirá entusiastamente con el pomposo slogan de la “globalización” y su relación con la financiarización de la economía capitalista mundial (Carcanhó, 2013; Chesnais, 1993:21-53).

Desde el punto de vista político-ideológico esta *transición epocal* tendrá su correlato conceptual en autores de la derecha conservadora norteamericana que van a captar agudamente estas mutaciones y cambios de la economía mundial y de las naciones en el curso de la década de los setenta del siglo pasado. Por su importancia e influencia internacional en los círculos ideológicos, intelectuales, políticos y académicos, destaca la publicación de un libro que connotados intelectuales norteamericanos, verdaderos tanques del pensamiento de la derecha ilustrada (Crozier, Huntington y Watanuki, 1975), elaboraron para la Comisión Trilateral de Estados Unidos –fundada por David Rockefeller y Zbigniew Brzezinski en 1973. En esa obra se expresan, entre otros conceptos ideológicos útiles para el pensamiento imperialista, el concepto de “governabilidad” –que relacionan con la “crisis de las democracias” de occidente– como un reflejo supuestamente de la incapacidad del gobierno para satisfacer las crecientes “demandas ciudadanas” en Estados Unidos, situación que podría provocar fuertes convulsiones sociales en ese país y en otros, tanto del mundo desarrollado como del subdesarrollado.

Marini llama la atención críticamente acerca de esta idea de gobernabilidad y la

relaciona directamente con la realidad de América Latina. Al respecto nos dice:

La preocupación norteamericana –que, por lo demás, trascendía a América Latina para extenderse a los mismos países avanzados– se traducía en la búsqueda de principios y mecanismos que proporcionararan gobernabilidad a las democracias, según la fórmula de uno de los ideólogos en boga, Samuel Huntington. En la versión que le dio el Departamento de Estado, el concepto de “democracia gobernable” dio lugar a la consigna de “democracia viable”, entendida como un régimen de corte democrático-representativo tutelado por las Fuerzas Armadas. Observemos que ese modelo no constituía una verdadera ruptura con la doctrina de la contrainsurgencia, la cual establecía que, tras las fases de aniquilamiento del enemigo interno y de reconquista de bases sociales por las Fuerzas Armadas, debería seguirse una tercera fase, destinada a la reconstrucción democrática (Marini, 1985:7).

En este punto de inflexión existe una íntima relación entre democracia restringida y neoliberalismo que corresponderá a ese nuevo patrón de acumulación que, en general, está vigente en nuestros días y que, en algunas experiencias como la venezolana, tal y como sustentamos en este ensayo, quedó rebasada causando el malestar y la repulsa de los halcones del Pentágono norteamericano con respuestas amenazantes y agresivas.

Recapitulando: al ciclo dictatorial –antecedido por el oligárquico-terrateniente y el populista– le sucederá el democrático neoliberal, con las condiciones señaladas anteriormente, que dibuja tres *oleadas* desde mediados de la década de los ochenta.

### **Tres oleadas del ciclo “democrático” neoliberal**

De acuerdo con Petras y Morley (1999), la *primera oleada* –de la transición de las dictaduras a los gobiernos civiles– incluye gobiernos tan heterogéneos como el de Alan García en Perú, el de Raúl Alfonsín en Argentina, el de Miguel de la Madrid en México, el de Julio María Sanguinetti en Uruguay, y el de José Sarney en Brasil. La *segunda oleada* –finales de los ochenta y mitad de los noventa– incluye al presidente Carlos Andrés Pérez en Venezuela, a Carlos Saúl Menem en Argentina, a Jaime Paz Zamora en Bolivia, a Luis Alberto Lacalle en Uruguay, a Carlos Salinas de Gortari en México, y a Fernando Collor de Mello en Brasil. Por último, la *tercera oleada*, desde la segunda mitad de la década de los noventa, incluye los gobiernos de Alberto Fujimori en Perú, de Carlos Saúl Menem en Argentina, de Ernesto Zedillo en México, de Rafael Caldera en Venezuela, de Gonzalo Sánchez de Lozada en Bolivia, y de Fernando Henrique Cardoso en Brasil.

Esta última oleada, radicalizada, continúa hasta la actualidad con los gobiernos de Iván Duque en Colombia, de Sebastián Piñera en Chile, y Jair Bolsonaro en Brasil, entre otros, correlativamente con el surgimiento de una cuarta ola de signo dife-



rente cuya naturaleza analizamos a continuación y que se encuadra en los llamados gobiernos progresistas de Nuestra América.

### **¿Cuarta oleada o primera oleada del progresismo rupturista posneoliberal?**

La concepción de Mézáros sobre las mediaciones políticas –de primer y segundo orden–, extraída de su profundo y sistemático análisis de los *Manuscritos Económico-Filosóficos* de Marx, nos permite advertir y delimitar las diferencias sustanciales entre los gobiernos y las experiencias progresistas y las neoliberal-conservadoras, aun bajo el denominador común de mantener las estructuras de producción y acumulación del capitalismo dependiente y subdesarrollado. Al respecto, Mézáros nos dice:

La política puede definirse como la *mediación* (y, con sus instituciones, como medios de esta mediación) entre el *estado actual* de la sociedad y el *futuro*. Sus categorías, en consecuencia, muestran el carácter apropiado a esta función mediadora, y las referencias al futuro son, por lo tanto, parte integral de sus categorías. (Las políticas conservadoras muestran tanto como las políticas radicales las consecuencias de esta función mediadora. Solamente que sus categorías son menos explícitas y ponen el mayor énfasis, por supuesto, en definir su relación con el presente. El tipo conservador de mediación política trata de maximizar el elemento de continuidad en sus intentos de ligar el presente con el futuro mientras que la política radical, claro está, pone el énfasis en la discontinuidad) (Mézáros, 1970:119-120; cursivas del autor).

De la cita anterior podemos inferir que mientras que los gobiernos conservadores de derecha –o si se quiere, las experiencias de esta naturaleza de los más represivos y contrainsurgentes de la región: Ecuador, Bolivia, Argentina, Brasil, Chile, Paraguay–<sup>3</sup> implementan políticas tendientes a la perpetuación del orden existente neoliberal y excluyente desdibujando el presente y el futuro para representarlos y perpetuarlos en un “modelo ideológico” a-histórico y distópico, el progresismo, en sus aristas más radicales –como Venezuela y, antes del golpe de Estado, Bolivia–, implementa en alguna medida ciertas rupturas y diferenciaciones con el pasado neoliberal y con un presente tentativamente antineoliberal o, si se quiere, postneoliberal que se proyecta al futuro, pero sin resolver en la práctica, en la ideología y en sus políticas

<sup>3</sup> En Ecuador, como se sabe, en las elecciones del 19 de febrero de 2017 el candidato de Alianza País, Lenín Moreno, obtuvo la presidencia en segunda vuelta con el 56.16 por ciento de los votos. Pero su posterior ruptura y traición con el correísmo, lo convirtió en uno de los gobiernos más entreguistas, neoliberales y represivos de la región aliado a la política contrainsurgente del gobierno de Estados Unidos, sobre todo, en su aguerrida guerra contra Venezuela en el seno del llamado Grupo de Lima. En ese mismo país, recientemente ganó los comicios el empresario neoliberal de la oligarquía ecuatoriana Guillermo Lasso, en las elecciones presidenciales del 11 de abril de 2021, frente al candidato opositor Andrés Arauz, de Fuerza Compromiso Social apoyada por el expresidente Rafael Correa. Con relación a Bolivia, nos referimos al período posterior al golpe de Estado

programáticas, la transición al socialismo en tanto modo de producción, de vida y de trabajo social. En este punto se atoran los proyectos progresistas, lo que permite a las derechas, generalmente en alianza con las clases medias, reagruparse e implementar arremetidas que conllevan, como en Brasil y Bolivia, el desplazamiento del gobierno en turno para imponer los intereses de las oligarquías y del imperialismo norteamericano a través de instituciones como el FMI y el Banco Mundial (BM). Recuperarse de estos fuertes golpes, como el que perpetró el empresario Macri en Argentina, aunque haya sido elegido “democráticamente”, cuesta sangre y fuertes pérdidas de soberanía nacional por el inusitado lastre que deja, y hereda al pueblo, el pesado endeudamiento externo que compromete seriamente el futuro y la viabilidad misma del país.

En este contexto situamos la *cuarta oleada rupturista postneoliberal* que, en realidad, debería ser la primera de la era progresista en América Latina.<sup>4</sup> Surge con gobiernos como el de Hugo Chávez en Venezuela (2 de febrero de 1999) y, más tarde, con el de Evo Morales y el MAS en Bolivia (diciembre de 2005), el de Rafael Correa (15 de enero de 2007) en Ecuador, el de Luiz Inácio Lula en Brasil (enero de 2003), y con el de Néstor Kirchner en Argentina (mayo de 2003) (Barbosa, 2018; Bonnet, 2015).

En ciertos enfoques, esta ola o ciclo se ha caracterizado por el énfasis puesto en su carácter de “centroizquierda” en el espectro político que nosotros calificamos como gobiernos progresistas, aunque se desempeñen dentro del paradigma del capitalismo dependiente y subdesarrollado e impulsen políticas desarrollistas de marcado carácter nacional y popular que los diferencian de los gobiernos neoliberales y de la derecha ortodoxa y heterodoxa en estrecha vinculación con movimientos indígenas, campesinos, estudiantiles, de trabajadores, incluso de las clases medias. Sin embargo, estos gobiernos no descartan hacer alianzas con las oligarquías y el capital nacional y extranjero, e incluso con las empresas transnacionales, pero quizás con un mayor control y regulación estatal del que resulta del dominio espacio-temporal del paradigma conservador-neoliberal que deja el proceso económico al libre juego

policial-militar y cívico perpetrado por la derecha y la oligarquía el 10 de noviembre de 2019 que depuso al gobierno legal, legítimo y constitucional de Evo Morales, el que, sin embargo, a fuerza de la lucha social del pueblo fue restituido en primera vuelta mediante elecciones presidenciales que se celebraron el 18 de octubre de 2020 y en las que ganó el candidato presidencial del MAS, Luis Arce y su vicepresidente, David Choquehuanca, con 54.90 por ciento de los votos frente al postulante de la ultraderecha, Carlos Mesa, quien obtuvo apenas 28.90 por ciento de los mismos. Véase análisis del golpe en Sotelo Valencia (2019:431-434). Por su parte, en Argentina, el binomio presidencial-vicepresidencial, Alberto Fernández y Cristina Fernández de Kirchner obtuvo la dirección del país con su triunfo en las elecciones celebradas el 27 de octubre de 2019 frente al perdedor, el empresario de la oligarquía Mauricio Macri.

<sup>4</sup> Para un análisis de la onda progresista en Sudamérica, ver Barbosa (2018). Una perspectiva crítica y gramsciana sobre el progresismo véase en Oliver (2016).

de las fuerzas del mercado y de la propiedad privada reduciendo al Estado al papel de garante y custodio de esas políticas antipopulares y proimperialistas tan costosas para nuestros pueblos y para las clases trabajadoras. En esta lógica obviamente se desempeñan gobiernos francamente neoliberales y de derecha como los de Perú, Colombia, Chile, Paraguay, Uruguay y Guyana, entre tantos otros.<sup>5</sup>

En el contexto de la crisis capitalista mundial que sacudió al mundo entre 2008 y 2009, y de los intentos de redespigüe de la hegemonía norteamericana en América Latina con Bush hijo y Obama, en la actualidad compiten encarnizadamente las últimas dos fuerzas políticas, ideológicas y gubernamentales –como fiel expresión de la lucha de clases y de la conflictividad social en la región– a través de los canales preferenciales de la vía electoral, la cual se caracteriza por ser el eje privilegiado de la democracia burguesa por parte de los ideólogos oficiales, la socialdemocracia, los partidos políticos y la derecha. Pero estos no descartan –como está ocurriendo hoy en Bolivia y Ecuador luego del desplazamientos de sus presidentes Evo Morales y Rafael Correa, respectivamente– el uso de la violencia policial-militar, del boicot y de los medios de comunicación en lo que se ha configurado como *guerra híbrida*, en plena expansión de la pandemia de Covid-19, con el objetivo expreso de desprestigiar a los gobiernos legítimamente electos por la ciudadanía, además de la formación de grupos al servicio de Washington a efecto de coadyuvar al logro de los intereses imperialistas en la región. Es este justamente el caso del Grupo de Lima constituido el 8 de agosto de 2017 a instancias de Washington, integrado por los gobiernos de Argentina, Brasil, Canadá, Chile, Colombia, Costa Rica, Guatemala, Honduras, México, Panamá, Paraguay, Perú, Guyana y Santa Lucía. Su objetivo, mandatado por el Departamento de Estado norteamericano, es destruir el chavismo-bolivarianismo e instituir la vieja Cuarta República neoliberal bajo la conducción de la oligarquía, el FMI y las empresas transnacionales norteamericanas, para lo cual es necesario el desplazamiento del actual presidente de la República Bolivariana de Venezuela, Nicolás Maduro.

Fuera de esta ruta trazada por el imperialismo y las oligarquías –se afirma–, cualquier otra movilización o alternativa es “inviabile” y está condenada de antemano al fracaso o, en última instancia, es víctima de la represión por parte del Estado que ejerce, así, una de sus funciones consustanciales en tanto órgano representativo de los intereses generales de las clases dominantes y del capital, como ha ocurrido recientemente en múltiples ocasiones en Brasil, en Colombia o en Chile.

<sup>5</sup> En la segunda vuelta de las elecciones presidenciales de Uruguay, celebradas el 24 de noviembre de 2019, el candidato del derechista del Partido Nacional, Luis Lacalle Pou, obtuvo 50.79 por ciento de los sufragios, mientras que Daniel Martínez, del Frente Amplio, alcanzó 49.21 por ciento. De este modo se fracturó un gobierno considerado progresista y que duró en el poder 15 años, entre 2005 y 2020.

## Dependencia y progresismo en la ruta de la crisis capitalista

El tema del progresismo de cualquier signo, más o menos radical, no es lo fundamental, más importante es la postura que adopten los gobiernos y las fuerzas políticas frente a la dependencia y el subdesarrollo que caracterizan históricamente a nuestras economías y sociedades. ¿Puede haber socialismo con dependencia? Evidentemente no, y es este justamente el meollo del progresismo que surge y se desarrolla relativamente en el modelo capitalista de la dependencia, del atraso y del subdesarrollo.

En el *Prefacio* a la edición brasileña del libro originalmente publicado en México, Vânia Bambirra (2013) formula la siguiente pregunta: ¿por qué la ruptura de la dependencia estructural no es parte del orden del día de los gobiernos progresistas latinoamericanos? Obviamente se refiere a los gobiernos de Venezuela, Bolivia y Ecuador –antes de que en los dos últimos se impusiera el neoliberalismo a ultranza–, y al de Brasil durante el período de predominio del “petismo-lulismo” (Boito, 2018). Bambirra sostiene que el camino al socialismo por la vía pacífica, prácticamente en todo el mundo, es una posibilidad muy remota –y casi excepcional– y que la emergencia de los gobiernos progresistas en América Latina ocurrió en un contexto de crisis que ella considera como una crisis terminal del sistema que puede conducir a una transición más o menos pacífica, aclara, sin guerra civil o insurrección general. La autora está pensando principalmente en el caso de Venezuela, que pretende interferir en la política para acelerar el gran motor de la historia de la transformación y del cambio social rumbo al socialismo, aunque este último concepto tiene que ser profundamente discutido para definir su significado en el contexto actual que es el de la profunda crisis global del sistema capitalista, agudizada por la expansión de la epidemia del coronavirus que ha convertido a Estados Unidos y a Brasil en el centro de la pandemia y a América Latina en su epicentro.

En su momento, la teoría marxista de la dependencia ponderó la lucha social de clases y el cambio social mediante procesos revolucionarios conducidos por sus respectivas vanguardias revolucionarias anticapitalistas (Marini, 1985), entendiendo, sin embargo, que no todo proceso revolucionario conlleva indefectiblemente una salida militar, aunque pueda en algún momento pasar por lo militar. Como ocurrió en Colombia antes de las negociaciones con el gobierno para la firma de la paz con las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia-Ejército del Pueblo (FARC-EP), o en Venezuela, donde si bien se conquistó el poder político mediante elecciones con el triunfo de las fuerzas bolivarianas conducidas por el comandante Hugo Chávez Frías, no ha estado exenta, como ocurre en la actualidad, de la violencia sistemática por parte de la derecha organizada y de Estados Unidos. Así lo muestran dos fallidos intentos de golpe de Estado (11 de abril de 2002 y 12 de febrero de 2015), como el frustrado intento de invasión de Venezuela desde Colombia con la anuencia del gobierno de Iván Duque, y que fueron efectivamente conjurados por el gobierno y el pueblo bolivarianos.

En Venezuela no está dada, de ninguna manera, la salida al Socialismo del Siglo XXI (Chávez, 2011). Existen múltiples dificultades y contradicciones que obstaculizan el desarrollo del proyecto bolivariano que impiden superar la enorme dependencia de la economía de la actividad energética, cuya empresa Citgo fue confiscada por el gobierno de Donald Trump generando enormes dificultades económicas y agobios para la población en un contexto de intensa lucha de clases y de bloqueos sistemáticos por parte de Estados Unidos, de la derecha oligárquica y las clases dominantes opuestas a dicho proyecto. Como se sabe, éstos no vacilan, en ningún momento, en utilizar la violencia a través del despliegue de las famosas “guarimbas” –disturbios callejeros, vandalismo y bloqueos de calles y avenidas– y de la fuerza en todos los sentidos echando mano de los medios a su alcance para derrotar al gobierno constitucional y restablecer el neoliberalismo dependiente acorde con los intereses norteamericanos.

Lo mismo podemos decir para Ecuador, donde la embestida de la derecha despeñó al gobierno de la Revolución Ciudadana mediante una modalidad de “golpe suave” a raíz de la alta traición del presidente electo, Lenín Moreno, y su inmediata adhesión a la oligarquía y a la política de Washington en contra del pueblo.

No hay que perder de vista que está en pleno desarrollo una embestida brutal orquestada por la derecha y la ultraderecha latinoamericanas contra todos los gobiernos considerados progresistas, de contenido y vocación social comprometidos con proyectos, por lo pronto, alternativos al neoliberalismo. Así, la solución pacífica o violenta no es un asunto resuelto ni por el gobierno ni por el pueblo venezolano o por los otros gobiernos, como tampoco por las dilucidaciones teóricas o ideológicas de los intelectuales: va a depender de la correlación de fuerzas y del desarrollo de los acontecimientos en esos países, a nivel de la región y del cada vez más intrincado, aguerrido y complejo espacio internacional.

## **Coda**

El ciclo de los gobiernos progresistas en América Latina no está agotado, ni mucho menos, permanece en una suerte de encrucijada determinada tanto por la actuación de los gobiernos y las fuerzas sociales, populares y de los trabajadores, como por las acciones desestabilizadoras que ejecuten los gobiernos y las fuerzas políticas y parapolíticas de la derecha y la ultraderecha. Muy en particular del gobierno colombiano de Iván Duque y del uribismo en conjunción del accionar imperialista de la Casa Blanca y de su presidente Trump en la víspera de su incierta reelección en Estados Unidos en noviembre de 2020.

Varios factores determinan las trayectorias y el futuro de los regímenes progresistas,

considerando que se mueven y permanecen en el redil capitalista sin modificarlo esencialmente.

En el caso de Venezuela, en primer lugar figura el mantenimiento del *status quo* caracterizado por la crisis económica, los embates inflacionarios debido a las monedas locales, los constantes asedios de la derecha contra el gobierno y la sociedad civil, la insuficiencia de alimentos por diversas causas, los problemas fronterizos como el que existe con Colombia, y la disputa territorial entre Venezuela y Guayana por la posesión del territorio del Esequibo, cuya soberanía reclama el gobierno bolivariano con base en el Acuerdo de Ginebra del 17 de febrero de 1966.

En segundo lugar, al no radicalizar los procesos revolucionarios en curso en la dirección del socialismo –o de cualquier otra denominación que esencialmente supere el capitalismo– y no se auspicie un salto cualitativo para construir una nueva economía y sociedad cimentadas en la socialización de la propiedad privada de los medios de producción, en la abolición de las relaciones de explotación entre el trabajo y el capital y en el establecimiento de auténticas relaciones cooperativas y solidarias entre las personas, se mantiene y reproduce un permanente *estado de tensión* que pone en jaque la vigencia de los gobiernos progresistas y al mismo tiempo reanima y reproduce constantemente los procesos contrarrevolucionarios comandados por las derechas de esos países y del continente articuladas con el imperialismo internacional interesado en recuperar su dominio sobre el conjunto de la región.

En síntesis, esta cuarta fase del proceso de democratización, identificada como *rupturista postneoliberal* o, más bien, la primera era de los gobiernos progresistas contemporáneos –aunque no necesariamente de izquierda en el sentido radical respecto de las democracias restringidas y gobernables del pasado impuestas por Estados Unidos–, dependerá del curso de los acontecimientos latinoamericanos e internacionales en el futuro mediato e inmediato, así como de las luchas internas de clases en esos países, sobre todo después de que se haya superado la pandemia con su secuela de crisis, muerte y destrucción planetaria. Pero también podría constituir el preludio de una transición hacia un nuevo ciclo histórico que marque un avance sustancial de esos países y sociedades hacia la implementación de verdaderos procesos alternativos de construcción del socialismo latinoamericano del siglo XXI en Nuestra América.

### **Bibliohemerografía**

AZAMAR ALONSO, Aleida y Carlos A. Rodríguez WALLENIUS (coordinadores) (2020), *Conflictos sociales por megaproyectos extractivos, de infraestructura y energéticos en la Cuarta Transformación*, México, Rosa Luxemburgo Stiftung,

- Oficina para México, Centroamérica y el Caribe. Dirección URL: <<https://www.rosalux.org.mx/sites/default/files/conflictos-megaproyectos-4t.pdf>>.
- BAMBIRRA, Vânia (2013), *O capitalismo dependente latino-americano*, Brasil, IELA/ Editora Insular.
- BARBOSA, Fabio Luis (2018), *Uma história da onda progressista sul-americana (1998-2016)*, São Paulo, Editora Elefante.
- BOITO, Armando (2018), *Reforma e crise política no Brasil*, São Paulo, Editora UNICAMP/UNESP.
- BONNET, Alberto (2015), *La insurrección como restauración. El kirchnerismo*, Buenos Aires, Prometeo Libros.
- CARCANHOLO, Reinaldo (2013), *Capital, essência e aparência*, São Paulo, Expressão Popular, vol. 2.
- CARMONA, Fernando *et al.* (1970), *El milagro mexicano*, México, Nuestro Tiempo.
- CHÁVEZ FRÍAS, Hugo (2011), *El socialismo del siglo XXI*, Venezuela, Ministerio del Poder Popular para la Comunicación y la Información, Colección “Cuadernos para el debate”. Dirección URL: <[http://www.minci.gob.ve/wp-content/uploads/downloads/2013/01/reflexiones\\_del\\_siglo\\_xxicdw.pdf](http://www.minci.gob.ve/wp-content/uploads/downloads/2013/01/reflexiones_del_siglo_xxicdw.pdf)>.
- CHESNAIS, François (1993), “A fisionomia das crises no regime de acumulação sob dominância financeira”, en *Novos Estudos*, Brasil, CEBRAP, núm. 52, noviembre.
- CROZIER, Michel, Samuel HUNTINGTON y Joji WATANUKI (1975), *The crisis of democracy. Report on the governability of democracies to the Trilateral Commission*, Nueva York, New York University Press.
- CUEVA, Agustín (1993), *El desarrollo del capitalismo en América Latina*, México, Siglo XXI.
- CUEVA, Agustín (2008), “Posfacio: los años ochenta: una crisis de alta intensidad”, en *Entre la ira y la esperanza*, Bogotá, CLACSO/Siglo del Hombre Editores.
- DOS SANTOS, Theotônio (2000), “Desenvolvimento e dependência: América Latina no sistema mundial”, en Theotônio DOS SANTOS (organizador), *América Latina no limiar do século XXI*, Rio de Janeiro, Editora da Universidade Federal Fluminense, Niterói.
- GARRIDO, Luis Javier (1996), *El Partido de la Revolución Institucionalizada (1928-1945)*, México, Editorial SEP/Siglo XXI.
- HALPERIN DONGHI, Tulio (1993), *Historia contemporánea de América Latina*, Madrid, Alianza Editorial.
- IANNI, Octávio (1975), *La formación del Estado populista en América Latina*, México, Era.
- LACLAU, Ernesto (1978), *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo*, México, Siglo XXI.
- MANDEL, Ernest (1979), *El capitalismo tardío*, México, Era.
- MARINI, Ruy Mauro (1973), *Dialéctica de la dependencia*, México, Era.
- MARINI, Ruy Mauro (1978), “La cuestión del fascismo en América Latina”, en *Cuadernos Políticos*, México, núm. 18, octubre-diciembre.

- MARINI, Ruy Mauro (1985), *Subdesarrollo y revolución*, México, Siglo XXI.
- MARINI, Ruy Mauro (1985), "La lucha por la democracia en América Latina", en *Cuadernos Políticos*, núm. 44, julio-diciembre. Dirección URL: <<http://www.cuadernospoliticos.unam.mx/cuadernos/contenido/CP.44/cp.44.3.RuyMauroMarini.pdf>>.
- MÉSZÁROS, István (1970), *La teoría de la enajenación en Marx*, México, Era.
- MÉSZÁROS, István (2001), *Más allá del capital*, Caracas, Vandell Hermanos Editores.
- OLIVER, Lucio (2016), *La ecuación Estado/sociedad civil en América Latina*, México, UNAM.
- ORTIZ MENA, Antonio (1998), *El desarrollo estabilizador: reflexiones sobre una época*, México, Fondo de Cultura Económica.
- PERONI, Eduardo (2011), *Conciliação e precarização. A política trabalhista do governo Lula (2003-2010)*, Florianópolis, Editorial Em Debate.
- PETRAS, James y MORRIS MORLEY (1999), "Los ciclos políticos neoliberales: América Latina se 'ajusta' a la pobreza y a la riqueza en la era de los mercados libres", en John SAXE-FERNÁNDEZ (coordinador), *Globalización: crítica a un paradigma*, México, Plaza & Janés.
- PETRAS, James (2000), *Globaloney. El lenguaje imperial, los intelectuales y la izquierda*, Buenos Aires, Editorial Antídoto.
- SALLES, Severo (2013), *Lucha de clases en Brasil (1960-2010)*, Buenos Aires, Ediciones Continente.
- SOTELO VALENCIA, Adrián (2014), *México (re)cargado: neoliberalismo, dependencia y crisis*, México, FCPYS, UNAM/Editorial Ítaca.
- SOTELO VALENCIA, Adrián (2019a), *Estados Unidos en un mundo en crisis. Geopolítica de la precariedad y la superexplotación del trabajo*, México, Anthropos/Siglo XXI/CEIICH, UNAM.
- SOTELO VALENCIA, Adrián (2019b), "Bolivia: del progresismo al golpe de Estado y la réplica de Guaidó", en *Marx e o Marxismo*, vol. 7, núm. 13, julio-diciembre.

Recibido: 5 de septiembre de 2020

Aprobado: 28 de abril de 2021